



POR QUÉ ME HAGO JUDÍO¹

Por Carlos Escudé

Shalom. Muy buenas tardes. Muchas gracias por haber venido, y muchas gracias especialmente a la Sra. Rita Saccal y al Rabino Abraham Skorka por haberme honrado con la invitación a dar esta charla.

Es mucha la gente que me ha indagado sobre las razones de mi decisión de convertirme al judaísmo, y entre ellos, más de la mitad me ha visto en el programa Creencias del Canal Infinito. Por cierto, entre octubre y noviembre de 2005 se grabaron 24 capítulos de un panel interreligioso en el que ocupó el lugar del agnóstico. Porque tuvo éxito, y porque su contenido no está vinculado a lo cotidiano y no pierde actualidad, lo siguen emitiendo al día de hoy, en días y horarios cambiantes para captar a públicos diversos.

Alguna vez el Rabino Rubén Saferstein me observó con cierto desconuelo que llegaría el momento en que mi conversión estaría consumada, no obstante lo cual por televisión seguirían transmitiendo esa serie de debates en que soy presentado como agnóstico. Desde el lado opuesto, más de un agnóstico militante me ha recriminado que haya abandonado la “buena” senda de una presunta “razón” incrédula, para claudicar convirtiéndome a una fe religiosa.

Y en un punto intermedio, pero a mi entender más profundo, el Rabino Dany Goldman me contó que vio algunas transmisiones de Creencias y que una de ellas le impactó particularmente. Es una situación en la que yo me exasperé con algún dicho de otro panelista, y apasionadamente arrebaté la Biblia del pastor evangélico que estaba a mi izquierda, la levanté con gesto ampuloso y exclamé: “¡Dios no cabe en este librito!”

Todos los panelistas se indignaron conmigo, y yo compungidamente pedí disculpas dos veces, no por mis palabras sino por haber arrebatado una Biblia ajena. Y lo que Dany me dijo fue que, al observar la escena y verme exclamar que Dios no cabe en un libro, quedó asombrado pensando: “¡Es el único que cree en Dios!”

Creo que al pensar eso, Dany se remitía a algo muy profundo. Religioso no es quien dice tener fe. Religioso es aquel que busca. Muchos presuntos agnósticos que rehúsan adherir a fe alguna pero que a lo largo de sus vidas activamente indagan, hacia adentro y hacia afuera, acerca de la razón-de-ser de la existencia humana y los misterios de la Creación, son más religiosos que muchos otros que aceptan una fe heredada como fácil atajo anestésico, y se despreocupan de las preguntas porque ya tienen respuestas enlatadas.

¹ Charla impartida el 25 de noviembre de 2008 en el Seminario Rabínico Latinoamericano “Marshall T. Meyer” (Buenos Aires).

Religioso es quien busca. No se me entienda mal. Creer es respetable, pero en mi opinión el creer sólo es expresión de auténtica religiosidad cuando la creencia proviene de una búsqueda. Es por eso que en el judaísmo nunca se nos pregunta por nuestra fe y jamás se nos exige la adherencia a un credo. Debemos dar cuenta de nuestras acciones, no de nuestras creencias. La fe fluctúa, no sólo a lo largo de la vida, sino también del año e incluso de un día. De una intensidad mística se suele descender a la indiferencia... ¡en instantes! Es inevitable.

En cambio, las acciones son otra cosa. Ayunar porque sí, sin poder dar una buena respuesta sobre el porqué; y en mayor medida aún, entrar voluntariamente al quirófano para establecer un pacto con Dios, ciegamente entregado sólo porque eso es lo que nos exige en la Torá, de manera análoga a cuando Abrahán se preparaba para el sacrificio supremo que se hubiera impuesto a sí mismo y a su hijo Isaac si Dios no lo detenía a tiempo... eso, me parece, es mucho más valioso que recitar un credo.

Entiendo que esta praxis es uno de los varios buenos motivos por los que me encuentro más cómodo en el judaísmo que en la fe en que nací. Dios sería injusto si la redención dependiera de la fe. Es mucho más rico, intelectualmente más interesante, y sobre todo, más conducente a la plenitud religiosa, suponer que la redención proviene de la búsqueda, de la introspección, de la *teshuvá*, e incluso de la disposición a versiones menores de la *akedá*, como en el caso de una Brit Milá adulta.

En verdad, como razonaba el filósofo Yeshayahu Leibowitz, pueden concebirse dos tipos de religiosidad:

1. Una fundada en valores y creencias, que se traducen en exigencias para la acción, y
2. Otra fundada en imperativos para la acción, cuya observancia trae consigo valores e intenciones.

La primera apunta a satisfacer las necesidades espirituales del hombre. Su finalidad es el hombre, y Dios ofrece sus servicios al hombre. Lo redime.

La segunda es una religiosidad de preceptos, de *Mitzvot*, que impone obligaciones y hace del hombre un instrumento para la realización de un fin que lo trasciende.

Ambos tipos de religiosidad pueden encontrarse en todas las religiones, pero éstas difieren en la medida en que predomine uno u otro. En el cristianismo predomina el primer tipo. Como nos recuerda Leibowitz, su símbolo es la cruz, que representa el sacrificio de Dios en beneficio del hombre.

En cambio, el máximo símbolo del judaísmo es el *akedá*: Abrahán en Monte Moriá, donde se anularon todos los valores humanos como sacrificio a Dios. Vistos desde esta perspectiva, el cristianismo es antropocéntrico, y el judaísmo, deicéntrico.

El segundo tipo de religiosidad conlleva el dominio ascético del hombre sobre su propia naturaleza, lo que para muchos pensadores es la forma más alta de libertad. El judaísmo es principalmente una religión de *Mitzvot* o preceptos, que no están fundamentados en el hombre sino en la voluntad insondable de Dios. No obstante, también posee

elementos antropocéntricos. La esperanza mesiánica, por ejemplo, es en beneficio del hombre, y es por lo tanto una dimensión antropocéntrica del judaísmo, fuente también de la creencia cristiana de que el Mesías ya ha llegado en la persona de Jesús de Nazaret.

Por otra parte, las religiones basadas en la fe suelen exigirnos un credo complejo. Son teológicamente maximalistas. El judaísmo básico es teológicamente minimalista: sólo me exige que crea en Dios y su Ley, y esto en el caso de un converso como yo, porque un judío nacido de vientre judío ni siquiera necesita adherir a este credo básico, porque cómo dije, para el judaísmo la redención no depende de la fe.

Y aunque hay vertientes del judaísmo, como la cabalá, que son teológicamente maximalistas, no es necesario adherir a ellas para ser judío. Se pueden tomar o dejar, y en principio, en esta etapa de mi evolución, yo las dejo, porque creo que suponer conocer la morfología divina, se trate tanto de las diez *Sefirot* de la Cabalá como de la Trinidad cristiana, es una presunción cercana a la soberbia. Maimónides dice una cosa parecida en su *Sefer Hamadá*, el “Libro de la Ciencia y el Conocimiento”.

Por estos motivos, y también por otros que explicaré más adelante, si yo había de transitar del agnosticismo a una fe determinada, el judaísmo sería mi elección por encima del cristianismo. Además, tiene la ventaja de ser parte de la tradición en que nací, porque el cristianismo es en parte judío: emerge del judaísmo al punto de que su Biblia contiene en su integridad al Tanaj, la Biblia judía.

Pero existen otros motivos, existenciales, que habrían de precipitarme hacia la búsqueda de un camino religioso, y que están más allá de estas reflexiones acerca de la mayor compatibilidad del judaísmo con mi constitución individual. La pregunta “por qué me hago judío” exige que me explye no sólo sobre por qué elegí al judaísmo sobre otras religiones, sino también por qué opté por ingresar a un marco religioso institucional, abandonando, en parte al menos, los caminos del librepensador aislado y pseudo-agnóstico.

Esta es una dimensión compleja de la cuestión. No intentaré simplificarla ni ahorrarme la introspección pública que supone abordarla, con su inevitable carga de angustia.

Algunos de ustedes saben que soy un especialista en relaciones internacionales, y que frecuentemente se me identifica con la gestión de Guido Di Tella, porque fui su asesor, y porque las ideas que él instrumentó en nuestra política exterior coinciden, en su mayor parte, con las que fui desarrollando en diversos libros desde por lo menos 1986, cuando publiqué un ensayo normativo titulado *La Argentina vs. Las Grandes Potencias: El Precio del Desafío*.

Entre esa fecha y 1997 desarrollé un programa de investigaciones de varias etapas, que en realidad había comenzado con mi tesis doctoral de Yale University, terminada en 1981. Ese libro, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la Declinación Argentina, 1942-49*, está basado en documentos antiguamente secretos de los archivos británicos y norteamericanos, que permiten estimar los enormes costos, para nuestra Argentina y sus ciudadanos, que fueron generados por nuestras frecuentes confrontaciones con las grandes potencias.

No sólo estudié nuestras políticas; también estudié los contenidos nacionalistas de nuestros planes educativos entre 1879 y 1986, para intentar comprender por qué nuestra cultura política premiaba a los políticos que, al confrontar innecesariamente, le hacían un daño al mismo pueblo que los apoyaba. Los episodios de nuestra neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial, y la Guerra de Malvinas, me parecían evidencia de que algo funcionaba mal.

Y entonces me convertí en un adalid de la alianza entre la Argentina y los Estados Unidos, condenado por los nacionalistas de cuño tradicional, pero convencido de que mi propuesta era la mejor para el interés argentino. De alguna manera, aquella prédica mía me convertía en humilde y tardío discípulo de antecesores ilustres, como el Profeta Jeremías, que lideró un infructuoso esfuerzo por conseguir que Jerusalén se aliara a Babilonia para ahorrarse los costos de la confrontación, y también del sabio rabínico Yohanan ben Zakay, cuando intentó evitar la destrucción del Segundo Templo, proponiendo una alianza entre el Reino de Judea y Roma. Alguna vez escribí, atrevidamente quizá, que ellos fueron los primeros “realistas periféricos” de la historia humana, esa doctrina que yo proponía para mi Argentina.

Obviamente, no es mi intención explayarme aquí sobre esas teorías, ni mucho menos defenderlas. Sólo contarles que fui el cultor apasionado de un tipo de política exterior, basada en investigaciones científicas que dieron lugar a una pléyade de publicaciones mías y ajenas, en todas partes. La última que descubrí navegando por Internet es de la autoría de un tal Sun Ruoyan, se titula “Un Análisis de la Teoría de Realismo Periférico de Carlos Escudé”, y fue publicada en inglés en 2003 en una revista de la Academia China de Ciencias Sociales.² Hay unos cuantos casos parecidos.

Traigo estos datos a colación porque sólo si ustedes comprenden *lo profundamente orgulloso* que estaba de mi obra, pueden comprender mi angustia y desesperación cuando, a partir de la crisis de diciembre de 2001, me puse a estudiar algo de economía, una disciplina a la que era completamente ajeno, y comprendí que a lo largo de la década del '90 la Argentina había sido sometida a un vaciamiento sistemático. Entonces comprendí también que aquella alianza con Estados Unidos por la que había abogado, que había sido justificada intelectualmente por mis trabajos, *había sido usada como un lubricante que facilitaba el saqueo de nuestra economía, hundiendo a millones de nuestros ciudadanos en la miseria.*

Sentirme corresponsable de esa tragedia, aunque fuera como idiota útil, me llenó de desconsuelo. Demoré un lustro en ponerme al día con las iniquidades de la clase política argentina de todas las banderías, y el resultado fue un libro que publiqué en 2006, titulado *Festival de Licuaciones: Causas y Consecuencias de la Pobreza en la Argentina*. Este libro, que incluye un prólogo auto-referencial donde elaboro un *mea culpa* personal y generacional, fue mi gran *teshuvá*, mi expiación, un *kipur* público e individual. Posteriormente, el prólogo auto-referencial también fue publicado en forma independiente por el periódico *Nueva Sión*, que siempre fue muy generoso conmigo.

² Sun Ruoyan, “A Review of Carlos Escudé's Theory of Peripheral Realism”, *Journal of World Economics and Politics*, No.11, 2003, p. 38-43. Institute of World Economy & Politics, Chinese Academy of Social Sciences.

Estas conmociones espirituales fueron un motor importante para buscar refugio en una religión formal. Mi participación en el programa *Creencias* también contribuyó. Aunque mi papel fue el del agnóstico, yo estaba perfectamente consciente de ser un bicho raro. En algunos episodios me expresaba como un agnóstico místico, aunque siempre librepensador.

Es así que en 2006, después de publicado *Festival de Licuaciones* y grabados los episodios de *Creencias*, me lancé a una inusitada aventura exegética. Me puse a escribir un libro en el que proponía una lectura literal del Pentateuco, completamente independiente de las interpretaciones de curas y rabinos. Razonaba que, si aceptamos por un momento la premisa de que la Torá es la palabra de Dios, no debemos permitir que la palabra del hombre, fuera cura o rabino, la contaminara con premisas extra-bíblicas que facilitan interpretaciones benignas pero forzadas.

El libro, que porta el título *La Guerra de los Dioses: Los Mandatos Bíblicos Frente a la Política Mundial*, es consumadamente herético tanto para judíos como para cristianos. Beatriz Gurevich, colega y amiga desde hace muchos años, fue testigo del proceso de escritura y vertió lágrimas intentando limar algunos de mis excesos. Ni que hablarles de la zozobra y angustia que le provocó a Mónica, mi mujer, que aún siendo una católica secularizada, en cuanto decidí convertirme al judaísmo me bordó la primorosa kipá que tengo puesta, seguramente por el alivio que sintió.

Uno de los capítulos de la sacrílega obra, basado principalmente en Deuteronomio, se titula “El Mandato Bíblico del Genocidio”. En otro capítulo reflexiono sobre el hecho de que la primera vez que Dios le habló al hombre, en el libro de Génesis, dijo algo que se aproxima a una mentira: que si comía de la fruta del árbol del conocimiento del bien y del mal, moriría. En cambio, la serpiente dijo la verdad: Eva no murió al comer la fruta. Por lo tanto, razoné que el vilipendiado áspid representaba al bien, ya que quería que conociéramos la diferencia entre el bien y el mal. Dios, en cambio, quedaba ubicado en un lugar sospechoso.

Durante la primera etapa de elaboración del libro estuve muy peleado con Adonai. A medida que avanzaba, sin embargo, me sentía cada vez más atraído por el protagonista divino de la Torá. Producto de esta ambivalencia es la definición de mi perfil en la solapa, donde se me caracteriza como un sionista de origen católico que en materia de creencias se encuentra a mitad de camino entre el gnosticismo, el agnosticismo y el judaísmo caraíta. Cuando el libro finalmente apareció, yo ya lo había superado y me consideraba un devoto de Adonai, a quien tenía por amigo, aliado y hermano mayor. La lectura entre líneas de los últimos párrafos revela esta evolución interior de su autor.

Cuando alguien me preguntó como pude compatibilizar tamañas herejías con una versión sui géneris de la fe en Dios, contesté que aunque es verdad que para un espíritu timorato mi atrevimiento era imperdonable, visto desde otra perspectiva yo me había tomado a la Torá y a Adonai tan en serio, que les había dedicado un libro entero, a la vez que había estado dispuesto a correr el riesgo de grandes costos personales, a raíz de las sanciones que los hombres de carne y hueso frecuentemente imponen a quien incurre en sacrilegio. Con la arrogancia de un ser humano inevitablemente imperfecto, razoné en mi defensa que un ejercicio tal es el paradigma de la *búsqueda* espiritual, que la búsqueda espiritual sistemática implica amor a la verdad, y que el amor a la verdad es amor a Dios.

Cuando finalmente comencé mi proceso de conversión, después de algunas conversaciones con los rabinos Rubén Saferstein y Baruj Plavnik, empecé a frecuentar sinagogas. La primera vez que asistí al oficio de Shajarit conocí el ritual en que la Torá Sofer se carga amorosamente en procesión alrededor del templo. Le comenté entonces a Yaacov Rubel, mi amigo y maestro en cuestiones judaicas, que al presenciar el rito comprendí que yo me había anticipado simbólicamente al mismo, ya que con la escritura y publicación de *La Guerra de los Dioses* yo había sacado a pasear a la Torá. Yaacov me miró severamente y comentó: “*¡Y cómo! ¡La hiciste dar varias vueltas!*”

Y entonces le conté del extraño milagro que había acontecido, del que yo ya me había percatado pero había mantenido en reserva. Sucede que en la contratapa de mi libro se transcriben varios versículos, tanto de la Torá como del Nuevo Testamento cristiano. Intentando demostrar la iniquidad de los evangelios, transcribí uno donde Juan dice que Jesús les dijo a los judíos: “vosotros sois de vuestro padre el diablo”. Pero ese versículo quedó impreso con una inexplicable errata. En vez de Juan, aparece atribuido a Mateo. Con ese imperdonable traspie en plena contratapa, todo el libro quedó simbólicamente desautorizado. Le dije a Yaacov: “*sí, yo saqué a pasear a la Torá, pero al introducir esta errata, Adonai se encargó personalmente de depositarla cuidadosamente en el Aron HaKodesh. Es como si aquí no hubiera pasado nada. Ese libro nunca se escribió, excepto, paradójicamente, como una aliá íntima en la que yo asciendo, retiro la Torá del Arca, la hago recorrer por mil caminos pero Dios la devuelve a su lugar.*”

Y en efecto, sentí que con ese juego Adonai me estaba diciendo:

“Ya sé que me das una importancia que casi nadie me concede. Me dedicas un libro libre, loco, y corres riesgos mundanos innecesarios para expresar tus opiniones infantiles acerca de cosas que están más allá de la comprensión humana. Pero ahora ha llegado la hora de que te dejes de joder. Eres uno de los míos y has de ganar la cuota de mansedumbre que te falta para que te conceda mi gracia.”

Y fue así como llegué a este proceso de conversión, después de la publicación de dos libros sucesivos que fueron parte de una conmoción espiritual personal. El de 2006 fue mi *teshuvá*, una forma singular de cumplir con el precepto judío de limpiar mi alma, ejecutada bastante antes de que conociera el significado profundo de la expiación anual requerida para los Yamim Noraim. Y el libro de 2007, malogrado como obra intelectual por un accidente inexplicable que me parece atribuible a la voluntad divina, se convirtió en algo más que un libro: fue mi *aliá*, mi manera particular de ascender a la Torá.

A partir de ese momento, comencé un proceso de aprendizaje que me llevó al descubrimiento de maravillas a raudales. Mi morá, Shoshana Burman, me guio por el ABC de la cultura religiosa judía. Y mis lecturas de Jacov Neusner, Abraham Joshua Heschel, y especialmente de Salo Baron, me condujeron a aventuras hasta entonces insospechadas. Renací desprovisto de mi vieja rebeldía, como un niño dispuesto a descubrir, descubrir y descubrir, en el sentido etimológico de des-cubrir, de quitarle el velo a realidades esquivas pero cognoscibles.

En mi breve ensayo “Reflexiones de un converso sobre las peripecias de un pueblo elegido”, descubrí que es posible llegar a conclusiones teológicas a partir de la

historiografía, un camino mucho menos trillado que el de llegar a ellas a través de la Palabra Revelada. Fue a través de este camino que comprendí, para mi enorme sorpresa, que la historia enseña, a quien quiera saberlo, que el pueblo judío es en verdad el Pueblo Elegido, tal como se afirma en las Escrituras compartidas por cristianos y judíos.

En ese ensayo recordé que fue el exilio babilónico lo que forjó al pueblo judío que hoy conocemos. Aunque la conquista babilónica de Judea generó deportaciones masivas, la posterior conquista de la propia Babilonia por la Persia Aqueménida, en 539 a.e.c., hizo posible el retorno de importantes contingentes de judíos a su tierra. A pesar de los sufrimientos del exilio, a muchos les había ido extraordinariamente bien, al punto de que sólo una minoría optó por regresar. Es así como nació la Diáspora y emergieron algunos de los rasgos que caracterizan a las comunidades judías hasta el día de hoy: el bilingüismo, la diversificación de las actividades económicas y el desdoblamiento de las identidades nacionales.

Llegué a la conclusión de que sin este proceso evolutivo nacido de la desgracia, jamás hubiera entrado en funcionamiento la fórmula dialéctica magistral que hizo posible que el pueblo judío no sólo sobreviviera a la adversidad, sino que protagonizara un papel único en la historia mundial de los siguientes dos milenios y medio.

Tal como lo sugiere Salo Baron, a partir de ese momento, y en oleadas históricas sucesivas de ritmo creciente, la religión judía sería reforzada por la nacionalidad judía, a la vez que ésta se arraigaría supranacionalmente en la religión judía. Simultáneamente, la Diáspora recién nacida se complementarían dialécticamente con la metrópoli de Tierra Santa, engendrando el proceso de refuerzo mutuo que perdura hasta nuestros días. Este sería el secreto de la supervivencia de la identidad judía: la doble dialéctica generada por religión y nacionalidad, por un lado, y Dispersión y Tierra Prometida por el otro. Ciertamente, la idealización de Palestina como Tierra Prometida, y el cumplimiento de la Ley Mosaica, que en la Diáspora diferenciaba a la minoría judía de las mayorías gentiles, contribuirían permanentemente al milagro de la supervivencia.

Ningún otro pueblo conquistado se atrincheró detrás de una coraza identitaria tan poderosa: la Ley separaba a judíos de profanos en el aquí y ahora, a la vez que la promesa de recuperar su Tierra les daba un proyecto de futuro como a ninguna otra nación sin Estado ni territorio. Esta ecuación permitió superar las más atroces y sistemáticas persecuciones. Y una vez superada la amenaza, entraba en vigencia otra vez la poderosa fórmula dialéctica que fortalecía la influencia judía: la religión era reforzada por la nacionalidad, a la vez que ésta se arraigaba supranacionalmente en la religión.

Esta dialéctica se convirtió en parte de la esencia misma de un judaísmo palpitante que no tiene parangones en la historia humana. Naturalmente que esta singularidad tendría costos y beneficios. Contrariamente a lo que supone Baron cuando dice que los franceses han estado arraigados a su territorio durante milenios, los judíos llegaron a “Francia” mucho antes que los francos, que terminaron dándole su nombre a la antigua provincia romana, cuyo nombre previo, Galia, denotaba su anterior identidad celta.

Pero esa tribu de invasores germánicos pudo convertirse en cofundadora de la identidad francesa, en condominio con los galo-romanos, en parte porque sus integrantes se asimilaron y dejaron de ser germanos. Huérfanos, a ellos no les fue prometida una tierra

en heredad. ¡Jamás un franco de la Galia recitó un piadoso ritual, juramentándose a celebrar el próximo año nuevo en alguna urbe franca como Frankfurt! No había para ellos un Jerusalén.

Los judíos, que antecedieron a los francos en territorio galo por varias centurias, fueron sometidos a discriminaciones, segregaciones, hostigamientos y expulsiones, precisamente porque su singular coraza identitaria les permitía sobrevivir como pueblo. Y paradójicamente, la otra cara de la moneda de estos padecimientos es que ya no hay francos en Francia, pero nunca dejó de haber judíos, aunque así lo desearan los demonios perseguidores.

Es por eso que, contradiciendo a mi admirado Salo Baron, me atrevo a afirmar que la asombrosa tecnología social que posibilitó la supervivencia de la identidad judía en la Diáspora difícilmente tuviera origen humano. No fue el producto del ensayo y error propios de la investigación científica. Su efectividad devino, paradójicamente, de su dificultad.

Ningún ejemplo es más claro que el de la función sociológica de la normativa del *kashrut*. Basta recordar las leyes de *shejitá*, que al exigir el descarte de todo animal cuyo cadáver presente la más mínima anomalía, encarecen el precio de la carne. Y a eso hay que sumar la complejidad del proceso de *melijá*, desangrando el animal, porque la sangre es la vida de la carne y la Torá nos dice que no debe ser alimento.

Estas normas para matarifes, carniceros y observantes alcanzarían por sí solas para tender un cerco protector en torno de la identidad judía, pero vienen acompañadas por muchas otras de similar complejidad. Poco importa la racionalidad de las disposiciones de la Ley. Normas diferentes pero similarmente incómodas quizá hubieran producido resultados similares. La observancia del Shabat, que los romanos denostaban atribuyéndola a la holgazanería, significaba sacrificar la séptima parte del ingreso, algo muy grave para una familia pobre.

En verdad, la identidad del pueblo se preservó porque la misma dificultad de la Ley lo separó y aisló, aunque en todas las generaciones haya habido grandes contingentes que se alejaron, asimilándose a la mayoría no judía. El núcleo duro de la Comunidad, que obedecía la Ley estrictamente, se convirtió en el punto de referencia de aquellos que incumplían sin renegar de su identidad, incluso después de generaciones enteras de cumplimiento parcial por parte de una familia.

Esta dinámica fue una de las diferencias principales entre los judíos de Francia y los francos con que ejemplifico esta ponencia. Sin la muralla protectora de algo análogo a la Ley Mosaica, los francos que se establecieron en la Galia se disolvieron en la masa común. Su identidad germana desapareció a pesar de haberle dado su nombre a Francia. En cambio, la identidad judía sobrevivió con una fórmula que no parece de cuño humano. Más que fórmula, ¡es un sistema de ecuaciones!, ya que a las funciones sociológicas de la Ley Mosaica hay que agregar las dialécticas entre nación y religión, y entre Dispersión y Tierra Prometida. ¿Qué mejor demostración del carácter del Pueblo Elegido que la Torá atribuye al pueblo judío, que estas fórmulas de efectividad sorprendente que hicieron posible la supervivencia?

Pero el beneficio de la supervivencia del pueblo de Dios inevitablemente vino de la mano de grandes padecimientos, porque las minorías que no se funden en la masa común han sido perseguidas en todas las épocas. Y esto no hace más que confirmar una premisa de la teología judía: que la inmortalidad del pueblo de Dios es más importante que las vidas de sus individuos. Por cierto, sólo tardíamente en la historia bíblica se incorporan al credo judío las ideas de la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne. Pero está presente desde el principio la noción de la inmortalidad del Pueblo Elegido, la vida eterna de la nación santa que hará posible el advenimiento del Mesías, no sólo para los judíos sino para la humanidad entera. Y ese es el punto de partida del paradójico universalismo judío, nacido de su particularismo.

No obstante, el mundo profano no lo entendió así, y la sucesión de siglos se convirtió en un alud de tragedias sucesivas. Finalmente, cuando la Shoá, la más reciente de las grandes persecuciones paneuropeas, fue superada a un costo de seis millones de muertos, la dialéctica entre religión y nacionalidad dio a luz a un nuevo Estado judío independiente en Palestina, cumplimentando la promesa de la Tierra entregada por Dios a su pueblo elegido. En esta opinión, que sé que es polémica, sigo las enseñanzas del rabino Abraham Kook.

Y bien, entiendo que este largo proceso plurimilenario no podría haber sido jamás la creación de un conjunto de mentes maestras humanas, como pretendieron los fraudulentos autores de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Si ausente la intuición mística, no queremos reconocer al pueblo judío como el elegido de Dios, debemos aceptar por lo menos que es el elegido de la Historia.

En verdad, lo ocurrido a partir del ascenso del cristianismo es tan milagroso que parece responder a un plan divino. El concepto de Pueblo Elegido, enquistado en la Biblia judeocristiana, se convirtió en profecía autocumplida a través de mecanismos paradójicos e insospechados. El éxito proselitista del cristianismo lo convirtió en el vehículo de globalización de la Torá. Gracias a su advenimiento, un celta pagano de la Gran Bretaña que se convertía a la nueva religión descubría, para su asombro, que según sus propias Escrituras adoptivas, el pueblo judío era el pueblo elegido de su Dios.

Fue por este mecanismo que la historia y doctrina judías se diseminaron por el mundo entero. Todas las religiones tienen sus mitos, pero el judaísmo es la única cuyos mitos son difundidos, principalmente, por otra religión.

Que el pueblo judío sea el Pueblo Elegido de Dios es una cuestión de fe que no puede demostrarse mediante la razón. Pero los datos duros muestran que es el pueblo elegido del cristianismo. No sólo es la Biblia cristiana el vehículo por el que el mundo conoce la mitología judía, sino que en fecha tan reciente como las Pascuas de 2008, el Papa Benedicto XVI reintrodujo, para la misa en latín, una versión actualizada de la antigua oración *Pro Judaeis*, en la función litúrgica del Viernes Santo.

Allí se suplica solemnemente por la conversión de los judíos. Al dispensarle esta atención, el Sumo Pontífice del catolicismo parece reforzar el carácter de elegido del pueblo judío. ¿Por qué, si no, oraría por trece millones de judíos, antes que por más de mil quinientos millones de musulmanes?

Más allá del pudor racionalista de estudiosos como Baron (para quien creer que hay algo más que humano en el misterio de la supervivencia del pueblo judío es pecar de pereza intelectual), me parece claro que ningún genio del más acá pudo urdir este mecanismo transhistórico que atraviesa dos mil setecientos años. Desde 586 a.e.c. hasta la creación del Estado de Israel en 1948, la historia de la Humanidad parece ingeniería divina, confirmando la intuición teológica de Abraham Joshua Heschel: Dios salió en busca del hombre y lo encontró en los descendientes de Yaacov.

¿Puede haber mejor motivo para hacerse judío, aspirando a encarnar una de las almas que, según la leyenda, Abrahán y Sara crearon en el Paraíso para los conversos? ¿Qué otro desenlace era esperable, si agregamos estas reflexiones sobre el Pueblo Elegido, a las etapas anteriores de aquel derrotero de luces y sombras que me hizo transitar por una singular *teshuvá* y una inexplicable *aliá*, aún antes de tener conocimiento de la vigencia y el significado de estos conceptos?

Por todo lo dicho, no puedo cerrar esta charla sino parafraseando un dicho que, por sabio, ya es un cliché de la cultura judía, atribuido al Reb Zusha de Anípoli. Si en el cielo me preguntaran por qué no fui Abrahán o Moshé, tendré una respuesta fácil, ya que no fui dotado de sus grandezas. Pero si me preguntan por qué no fui Carlos Escudé, no tendré respuesta alguna.

¿Por qué elegí hacerme judío? Esa es la desafiante pregunta que me plantearon Rita Saccal y el rabino Skorka. ¿Por qué? Es muy sencillo. Simplemente porque aspiro a ser fiel a mí mismo.

Nada más. Muchas gracias.